

Una miniatura del "Maqamat", de Al- Hariri, el libro profano que ilustra con gran elocuencia y realismo la vida de los árabes (Biblioteca Nacional, París). Esta página representa a un grupo de camelleros descansando en una parada.

Los primeros califatos

Cuando Mahoma abandonó La Meca iban sólo con él, a Medina, unas cien personas. Dos años después, en el llano de Bedr, ya combatieron trescientas ocho a su lado. Y el año noveno de la hégira, regresó a La Meca seguido de diez mil creyentes y aliados. A su muerte, toda la Arabia le obedecía y las rápidas conquistas de la Mesopotamia, Siria, Persia y Egipto se hicieron con ejércitos de árabes y beduinos, todos creyentes.

La prodigiosa expansión del Islam se explica a menudo recordando las querellas de Bizancio, las costumbres afeminadas de los persas, el descontento de la población indígena de Egipto, el cansancio teológico de Siria y, sobre todo, la potencia ardiente de Arabia, exaltada por su nacionalismo religioso. ¡Pero no! Hay algo más que todo eso; hay algo positivo, algo activo por parte del Islam. Este algo positivo y activo es la fe: una fe absoluta y sincera, que no se hallaba en muchas partes del oriente cristiano ni en el Asia a mediados del siglo VII. Mahoma fue un inculto visionario; pero de su buena fe y sinceridad, a lo menos en sus comienzos, no puede dudarse. Vamos ahora a ver esta misma fe obrando en sus compañeros, sobre todo en las almas escogidas de los cuatro primeros califas y de sus colaboradores.

Mahoma murió sin dejar sucesión masculina. Los hijos de Fátima, su hija, y de Alí, los únicos descendientes directos del profeta, eran todavía muy jóvenes cuando él murió; además, parece dudoso que aun en el caso de haber tenido Mahoma un hijo le hubiese confiado la sucesión. Mahoma insistía en que él no era más que un profeta, un amonestador, una voz que clamaba en el desierto; sólo que, en su caso, las arenas se convirtieron en una multitud y el eco de su voz levantó aquel pueblo en torno suyo. Como profeta, Mahoma sabía muy bien que sus facultades eran intransmisibles, y habiendo muerto sin dejar linaje masculino, se limitó a pronunciar este oráculo: "Dios da la soberanía a quien le place".

Por unas horas los burgueses de Medina creyeron que, muerto Mahoma, les tocaba

LOS PRIMEROS CALIFAS (I)

Todos los musulmanes —mejor dicho, casi todos— han estado y están de acuerdo en que el gobierno de los cuatro primeros sucesores del profeta, Abu Bakr, Omar, Otmán y Alí, se ajustó en todos sus actos a cuanto podía pedir el más exigente de los musulmanes desde el punto de vista de las leyes civil y religiosa. Por eso dichos califas reciben el denominativo común de *rachidún*, "los buenos guías". Pero en ese mismo gobierno se encontraban los gérmenes de las futuras guerras civiles que iban a extenderse por todo lo ancho y lo largo del Islam e iban a hacer de éste un imperio similar al bizantino o al persa.

Los historiadores árabes contemporáneos han analizado las causas y las circunstancias que hicieron posible este primer enfrentamiento de árabes contra árabes, de musulmanes contra musulmanes, y de entre todos estos análisis sobresale el del egipcio Taha Husayn, del cual damos aquí un extracto según la versión española de Emilio García Gómez:

"No hay duda que Alí fracasó en la empresa de extender su califato por las comarcas del territorio islámico; pero su fracaso no fue sólo de él, sino que con él fracasó todo el régimen del califato. Es evidente que aquel nuevo estado, del que podía esperarse que fuera modelo de un nuevo tipo de gobierno, de política y de organización, no pudo, en fin de cuentas, más que seguir el camino mismo de los estados que le precedieron.

"El gobierno iba a basarse, dentro de él igual que dentro de los regímenes anteriores, sobre el favoritismo, la desigualdad y la repartición en clases sociales, según la cual una inmensa mayoría —no de un solo pueblo, sino de muchos— iba a quedar sometida a una pequeña minoría de gentes, que acaso pertenecieran, entre dichos pueblos, a aquel mismo en el que residía la autoridad. Más aún: no sólo fracasaron Alí y el régimen del califato, sino que con ellos fracasó aquella revolución desencadenada en tiempos de Utmán para conservar el califato islámico —según sostenían los dirigentes— su carácter patriarcal y genuino, y para raer en él toda impureza de favoritismo, frivolidad, tiranía e injusticia.

"Los revolucionarios decían levantarse porque Utmán no seguía una buena política en cuanto a los bienes e intereses comunes o, en el mejor de los casos, era incapaz de llevarla a cabo: los omeyas se habían impuesto a todos; los gobernadores disponían a su antojo de las provincias y del botín, y el califa derrochaba el Tesoro público en beneficio de sus parientes y allegados, con mengua de las demás gentes.

"Los amotinados querían, en cambio, hacer que el califato volviera a ser lo mismo que en la época de Abu Bakr y Umar: que imperara la justicia; que se aboliera el favoritismo, y que los fondos públicos fueran a sus legítimos destinatarios, que no se emplearan sino en su beneficio y no se tocara sino para su fin legal. Pero los jefes y caudillos de la revolución habían desaparecido antes de que ésta afincara: ...unos murieron antes de desencadenarse las guerras contra Alí; otros, durante estas guerras; unos se rebelaron contra su imán y fueron muertos luchando contra él; a otros los mataron Moavia y sus partidarios, pública o clandestinamente.

"Claro es que no todos los que se alzaron contra Utmán, y lograron sitiarlo y darle muerte, habían desaparecido; pero los que quedaban no eran más que secuaces de estos jefes cuya muerte acabamos de citar. Lo importante es que los dirigentes de la revolución murieron sin darle cima y que con su desaparición perdió la revuelta las inteligencias que la regían y gobernaban. Los demás, sintiéndose fracasados, desamparados y abandonados, se entregaron y prefirieron la paz. Las circunstancias a las que quisieron hacer frente con su revolución eran demasiado fuertes para poder acometerlas.

"Esta palabra 'circunstancias' es, sin embargo, equívoca y necesita alguna aclaración. La primera de dichas circunstancias, y la que exige mayores atención y examen, es la economía.

"La conquista fue al mismo tiempo, para el nuevo estado, fuente de fuerza y de debilidad. Fue para él fuente de fuerza, porque extendió su dominio y alargó su sombra sobre extensas regiones del mundo; pero fue fuente de debilidad, porque se le sometieron muchas gentes que no creían en él, sino que tan sólo lo temían y a quienes espantaba su ataque. Fue para él fuente de fuerza, porque le produjo una cantidad de riqueza material en la que jamás pudo pensar; pero fue fuente de debilidad, porque esa riqueza despertó intereses antes dormidos y suscitó afanes que estaban encallados.

"La conquista abrió los ojos de gentes que antes no pensaban más que en la religión; creó necesidades que antes no se conocían ni se usaban, y descubrió a los árabes delicias y comodidades, les aguijó y animó a conseguirlas, les acostumbró a ellas y acabó, de este modo, por hacerlos suyos, salvo una reducidísima minoría, en la que la religión primaba sobre el mundo y en la que el pensar en Dios apartaba de pensar en riquezas, intereses y necesidades.

"Grandísimo esfuerzo costó a Umar, durante su califato, mantener su política para con los árabes, y este esfuerzo no sólo le afectó a él, sino a los árabes todos, a quienes esa política refrenó con el más estrecho rigor. Les era tan penoso respetar una justicia que era igual para el fuerte y para el débil, como sujetarse a la autoridad que Umar quería imponerles y a la que se proponía obligarles. Pero cuando Umar murió, descansaron. Sonrieron al mundo y el mundo les sonrió, aunque esta sonrisa había pronto de trocarse en duro ceño y grandes males.

"La razón fue que sonreír a la riqueza mueve a querer acrecentarla, y querer acrecentarla abre puertas de codicia que luego no hay quien cierre. Donde se halla la codicia, se halla también su compañera la iniquidad, junto con su otra compañera la rivalidad, y todavía con una tercera acompañante, que es la malquerencia y la lucha por los bienes terrenales. Y donde se hallan esas tres cosas, se halla también la envidia, abrasando los corazones de aquellos que no disfrutan de las mismas riquezas de que gozan los ricos. Todavía más: donde hay envidia, los envidiosos intentan satisfacerla a costa de los envidiados, y como éstos pretenden defenderse, surgen conflictos entre unos y otros.

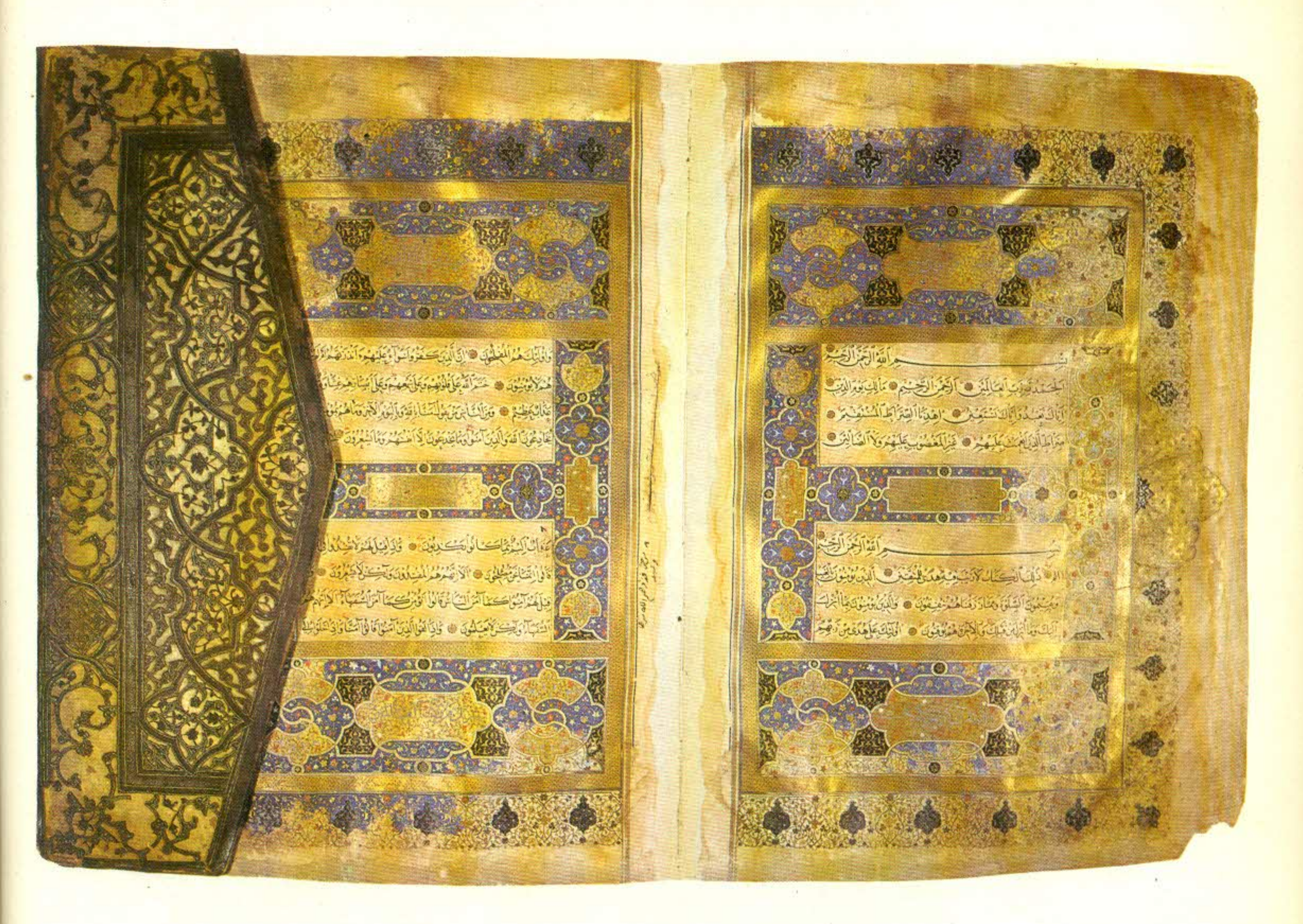
"Todo esto es lo que sucedió en tiempos de Umar; lo que movió a los habitantes de las grandes ciudades a alzarse, primero con sus gobernadores, y luego contra su califa, hasta que lo sitiaron y dieron muerte.

"Alí quiso hacer volver a los árabes a una situación parecida a la que tenían en la época de Umar; pero la época de Umar estaba concluida y no era posible restaurarla. La riqueza se había apoderado de los corazones de los adinerados, que combatían por ella lo mismo en el Iraq que en Siria. Aunque Alí venció en el Iraq, su victoria, apenas conseguida, fue olvidada, tanto por los vencedores como por los vencidos. Después de la batalla del Camello, los basríes se apresuraron a proclamar que eran del partido de Utmán; pero esto no quería decir que se limitaran a exteriorizar su amor por Utmán y su deseo de vengarle. Quería decir algo más y más amplio, es a saber, que añoraban el régimen que habían conocido y al que se habían habituado —el régimen de la codicia, de la avidez, de la rivalidad por la riqueza y de la lucha por ella— y que rechazaban el rigor de la vida que Umar había impuesto a los árabes y que Alí quería volver a imponerles...".

Todo indica, pues, que el imperio de la religión sobre las almas no tenía ya la misma sólida primacía de que gozara en la época de Umar y que el imperio del dinero y de la espada ejercía su influjo sobre los corazones y los espíritus. Todo indica que Alí y los que le secundaban en el intento de conservar las normas del profeta y de Abu Bakr y Umar vivían las últimas jornadas de aquella época en que la religión lo dominaba todo.

Podemos afirmar sin vacilaciones que la principal circunstancia que determinó el fracaso de la política de Alí fue la debilitación del imperio de la religión en las almas de los nuevos musulmanes y que el imperio de las cosas terrenas se enseñorease de esas almas.

J. V.



Un Corán del siglo XVI (Biblioteca de Gazi Husref Bey, Sarajevo). El texto coránico, formado de ciento catorce capítulos, cada uno de los cuales consta de un número variable de versículos, recoge las revelaciones que tenía Mahoma en sus arrebatos místicos.

ahora elegir al sucesor. Sin embargo, cuando Omar propuso a Abu Bakr nadie opuso resistencia. Abu Bakr era sólo dos años más joven que Mahoma y había sido el primer creyente extraño a la familia del profeta. Montados en el mismo camello, Mahoma y Abu Bakr habían hecho el viaje de la huida, o *hégira,* de La Meca a Medina, y, por último, Aicha, la hija de Abu Bakr, era la favorita del profeta. No había nadie con mejores derechos para suceder a Mahoma en sus funciones de jefe de estado; pero sólo en esto, no como profeta. Ningún cargo del Islam lleva unido el don de dogmatizar y hasta los que tienen el espíritu "profético" lo pierden al llegar a Medina.

Las primeras palabras de Abu Bakr, después de la muerte del profeta, también revelan su rectitud de carácter: "Sepan los que adoren a Mahoma que Mahoma ha muerto; pero los que adoran a Dios saben que Dios vive y no puede morir". Esta sentencia cortó de raíz la superstición de adorar la tumba o las reliquias del profeta, que tanto asustó en vida a Mahoma. Aquella misma noche se lavó el cadáver y fue sepultado en el suelo, sin embaldosar, de la cámara de Aicha, donde había muerto. Todavía hoy los mahometanos visitan, en su peregrinación a Medina, el humilde mausoleo que cubre la tumba del profeta, pero no se practica allí un culto especial, ni se veneran sus restos ni se le invoca como intercesor con Alá.

Abu Bakr fue aclamado jefe de los creyentes con el nombre de *califa,* que quiere decir "sucesor", título muy modesto, aunque más tarde recibió el sentido de jefe del Islam. La palabra *Islam* quiere decir fe, pero se la hace derivar de *salam,* que significa paz y contentamiento interior, porque la fe es la que procura esta paz y contentamiento a los que creen.

El primer año del califato de Abu Bakr fue empleado en reprimir varios conatos de insurrección entre las tribus de la Arabia. En algunos casos el motivo de la revuelta era la aparición de otros profetas; y no siempre se trataba de embaucadores, sino de espíritus mediocres y de inspiración muy intermitente; por ejemplo, un tal Toleiha, quien afirmaba que también veía al ángel



Firma y rúbrica de un personaje árabe de los primeros califatos, realizadas en fina caligrafía (Palacio de Topkapi, Constantinopla).

Gabriel y había conseguido hacerlo creer a la tribu de los Beni Asad.

Otro profeta, llamado Museilima, que había comenzado a manifestarse en tiempos de Mahoma, al enterarse de su muerte se levantó con otra tribu y hubo que reducirle en batalla campal. Incluso profetisas hacían valer sus oráculos para gobernar. Todo demuestra que, aun tras la muerte de Mahoma, quedó en el ambiente de las tribus de Arabia aquel fermento de profecía y de visión que tanto favorecieron la predicación del Corán. Y es de creer que si Mahoma y sus sucesores, los primeros califas, no se hubieran lanzado a una acción enérgica de conquista y proselitismo, el Islam se habría diluido en espasmos proféticos; pero Abu Bakr, en su primer sermón como califa, había dicho: "Cuando un pueblo deja de pelear por las vías del

Una página de un libro del siglo XIII sobre la vida del profeta, que representa a Mahoma con la cara velada rodeado de un grupo de sus primeros colaboradores que pusieron en práctica sus doctrinas.

Señor, es el Señor quien se desentiende de ese pueblo".

Así es que, no bien quedó pacificada Arabia, Abu Bakr lanzó a Jalid, *el acero de Dios,* contra Caldea primero y después contra Siria. Abu Bakr desafiaba a la vez a dos formidables colosos. Parecía una locura que un estado recién constituido, como era la comunidad religiosa de Medina, se atreviera a hostigar al antiguo imperio de los persas, que se extendía desde Caldea hasta el Himalaya, y atacara al Imperio, todavía "romano", de Constantinopla, que dominaba desde Siria hasta el estrecho de Gibraltar.

Pero he aquí las órdenes que dio Abu Bakr a los que partían para Siria: "Tengo diez mandamientos que confiaros: No engañéis ni robéis. No hagáis traición. No mutiléis a nadie. No matéis niños, ni mujeres, ni ancianos. No queméis los palmares. No cortéis los árboles frutales. No destruyáis las cosechas. No matéis ganado ni camellos, a menos que sea para sustentaros. Sacrificad a los monjes de cabeza rapada. Dejad en paz a los ermitaños".

Ciertamente no habrían sido éstos los consejos que hubiera dado Heraclio, el emperador de Constantinopla, ni Cosroes, el rey de los persas, a sus soldados. Mutilaciones y destrucción eran la secuela inevitable de las guerras del Asia. Pero Abu Bakr recordaba las palabras de Mahoma en su última peregrinación al monte Arafat, en La Meca: "Todos los musulmanes son hermanos. Forman una hermandad. Nada que sea del uno puede ser del otro, a menos que se lo dé de buena gana. Guardaos de cometer injusticias".

Este que se llama el sermón de la Montaña del Islam había penetrado en el corazón de los que lo escucharon. Por esto Abu Bakr, que por su edad no podía ir en persona a la conquista de Siria, quiso acompañar al ejército al salir de Medina, para caminar un poco por "las vías del Señor", ya que no podía pelear en ellas.

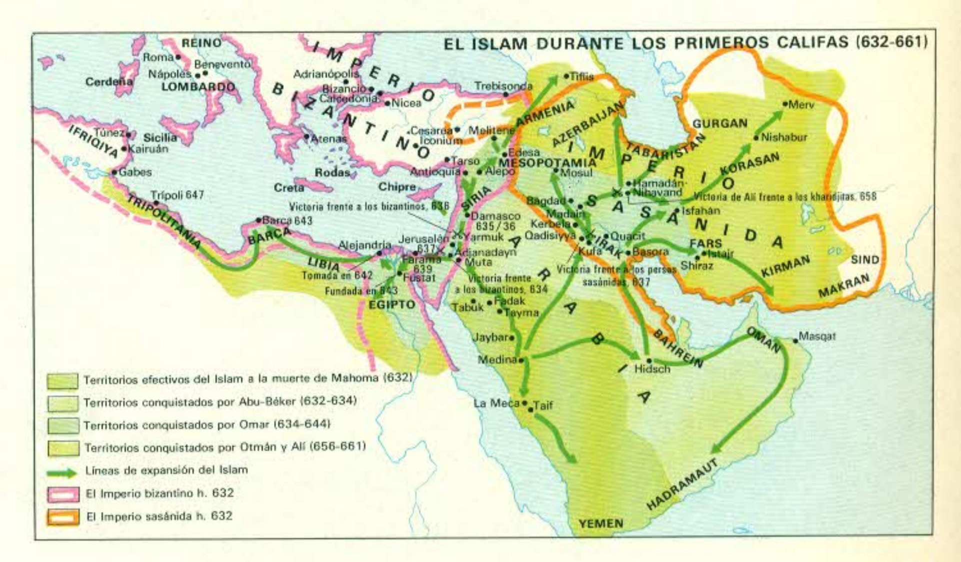
En un principio, Abu Bakr trató de gobernar sin percibir nada por su cargo de califa. Después juzgó que debía asignarse un salario de seis mil pesos al año; pero al morir dispuso que se vendiera su hacienda y se reintegrara todo lo que él había percibido.

Abu Bakr, antes de morir, eligió como sucesor (o *califa*) a Omar. Es cierto que había otros "compañeros" más antiguos que éste, como Alí, Talha y Otmán, pero Abu Bakr había dicho, en el momento de la agonía, que cuando compareciese delante de Alá le diría que había escogido al mejor por jefe de su pueblo, y que el mejor era Omar.

Omar había sido mercader en su juventud y sólo se había convertido al ver la injusticia con que los mercaderes de La Meca perseguían a Mahoma. Era de carácter recto y severo, convencido como estaba de que tenía que ser obedecido porque él no podía ordenar sino cosas justas. Su primer sermón de la mezquita de Medina contiene esta frase: "Los árabes son como un camello turbulento que hay que saber gobernar. Por el Dios de la Kaaba yo os juro que os llevaré por donde tenéis que ir".

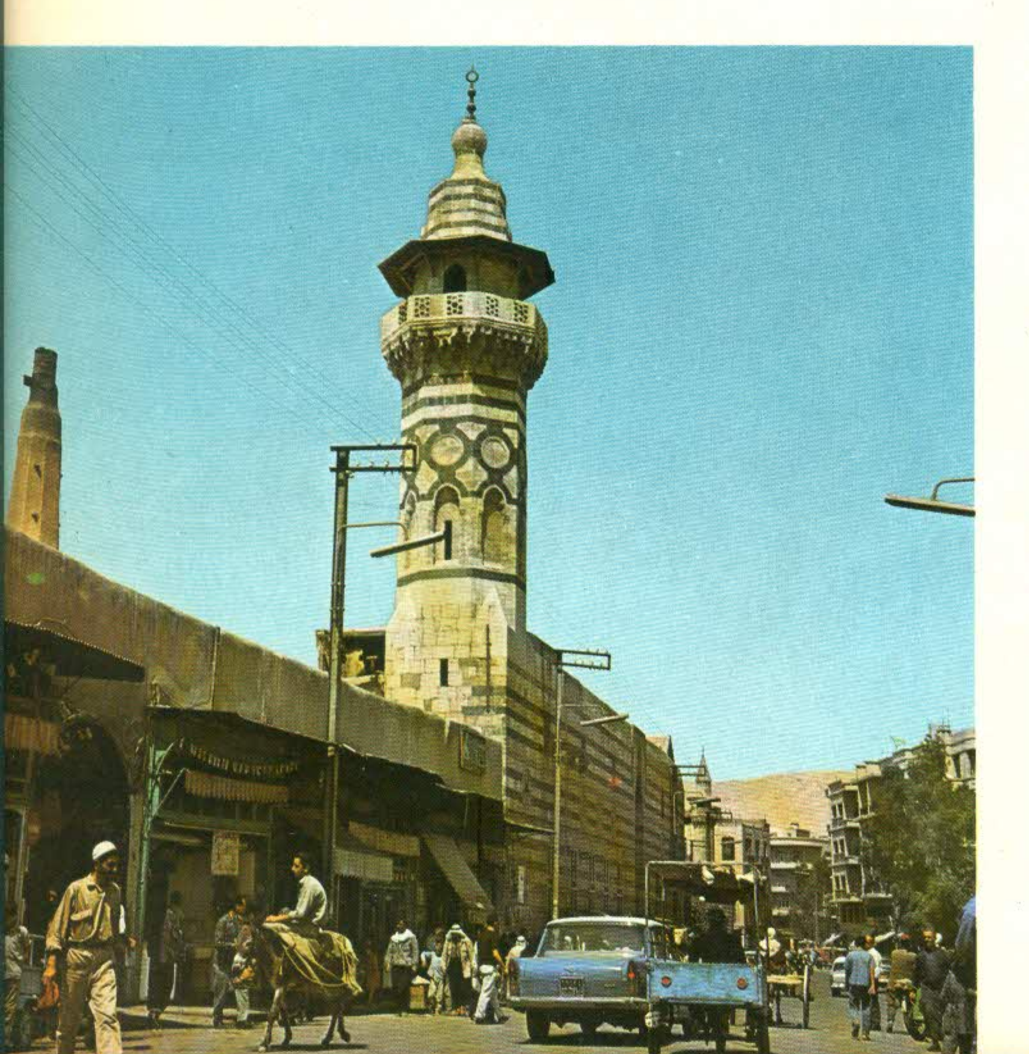


Decoración interior de una copa sasánida de los siglos VI-VII (Museo Británico, Londres). Una de las primeras víctimas de la fuerza expansiva del Islam fue el imperio sasánida. Ya Abu Bakr atacó a los persas de Cosroes, hasta que Omar se anexionó toda Persia.



Jinetes árabes del norte de Egipto realizando un viaje a caballo, según una miniatura de los manuscritos del "Maqamat", de Al- Hariri (Biblioteca Nacional, París).

Una calle en la moderna ciudad de Damasco, Siria, tomada por el califa Omar en una de sus campañas, lugar de origen de la dinastía omeya y capital del Islam durante casi un siglo. Como en tantos paisajes urbanos del mundo islámico, destaca en el aire un minarete.



Y, en verdad, Omar no sólo consolidó las victorias conseguidas durante el califato de Abu Bakr en Siria y Caldea, sino que en su tiempo se conquistaron Persia y Egipto. El califa dirigía la política general desde Medina; sus generales Talid, Saad, Amrú, luchaban por su cuenta, pero Omar hizo una excepción cuando los árabes tomaron Jerusalén. El califa entró en la ciudad santa montado en un camello y con el mismo manto de pelo que había usado todo el viaje. El patriarca le ofreció una túnica de lino, que aceptó hasta que se lavara su manto. Visitó la ciudad acompañado del patriarca y éste le invitó a rezar en la iglesia del Santo Sepulcro, donde se había puesto una alfombra para el califa. Aunque sentía gran devoción para con Jesús, Omar no podía rezar donde se recordase algo referente a su muerte, pues los mahometanos creen que Jesús fue arrebatado de la cruz antes de morir y ha de reaparecer un día u otro. Empero, la respuesta de Omar al patriarca da idea de la discreción de los caballeros del desierto. El mismo que había dicho que los árabes eran como un camello turbulento, tuvo ingenio suficiente para replicar que él no podía rezar en la iglesia del Santo Sepulcro porque sus corre-

ligionarios vendrían tras él a rezar también y esto produciría dificultades.

En cambio, Omar visitó luego Belén, y allí sí que rezó en la iglesia de la Natividad, dejándole al patriarca un rescripto en el cual ordenaba que los mahometanos sólo podrían entrar en aquel lugar de uno en uno, reconociendo así la prioridad de los cristianos para acercarse al sitio donde nació Jesús. Mas los otros lugares relacionados con la tradición de Abraham fueron reservados para el culto de los conquistadores. Sobre la roca donde se supone que Abraham se dispuso a sacrificar a su hijo, se levantó después la famosa mezquita que lleva todavía el nombre de Omar, y donde estuvo el templo de Salomón se edificó la mezquita de Al- Aksa.

Los escritores bizantinos se valen de figuras retóricas para lamentar la pérdida de Sión y de los santos lugares. Pero he aquí el texto auténtico del tratado de la capitulación de Jerusalén, firmado por Talid, Amrú, Abderramán y Moavia, los generales del califa Omar en Siria:

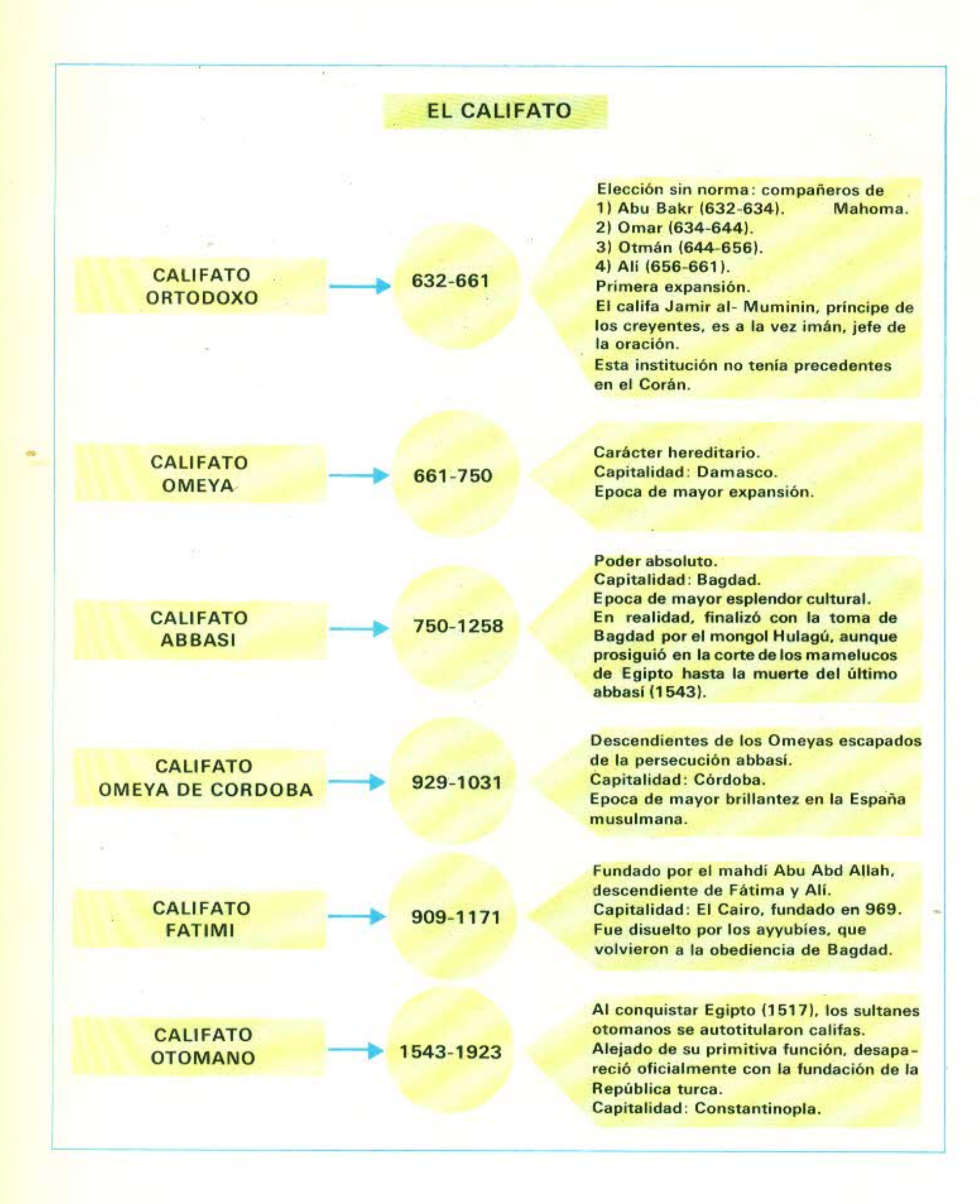
"En el nombre del compasivo Dios:

"Éste es el tratado para las gentes de Jerusalén. El Servidor de Dios, el Jefe de los Creyentes, el Comandante de los Fieles asegura a las gentes de Jerusalén la conservación de sus vidas y propiedades, sus iglesias, sus cruces, y todo lo que las rodea para honrarlas. Sus iglesias no serán destruidas, ni transformadas, ni confiscadas, ni las cruces, ni las propiedades de los ciudadanos. Nadie será obligado a abandonar su religión ni molestado por ella. Los judíos habitarán Jerusalén y, lo mismo que los cristianos, sólo tendrán que pagar las contribuciones que pagan en las otras ciudades, pero nadie tendrá que satisfacer estos tributos hasta que haya recogido una cosecha. Si algunos quieren marchar, llevándose sus bienes muebles y abandonando sus iglesias y cruces, recibirán un salvoconducto para que puedan llegar a lugar seguro...".

Y que este benigno tratamiento no era una excepción, concedida teniendo en cuenta la santidad de Jerusalén, lo prueba el siguiente tratado de la capitulación de Damasco: "Éste es el tratado que Jalid, hijo de Al-Walid, concede a los habitantes de Damasco al entrar en la ciudad. Les asegura sus vidas y posesiones, les permite retener sus iglesias y las murallas. A nadie se le quitará ni derribará la casa. Así lo asegura por la misericordia de Dios y la protección del profeta, de su califa y de los creyentes". Para comprender mejor aún la benignidad de este tratado, el lector debe tener en cuenta que

Vista parcial de la mezquita de Al- Kufa, colonia militar que Omar estableció en el moderno Irak. Es una construcción de finales del siglo VII, no lejos de Ctesifonte, la residencia de los sasánidas.





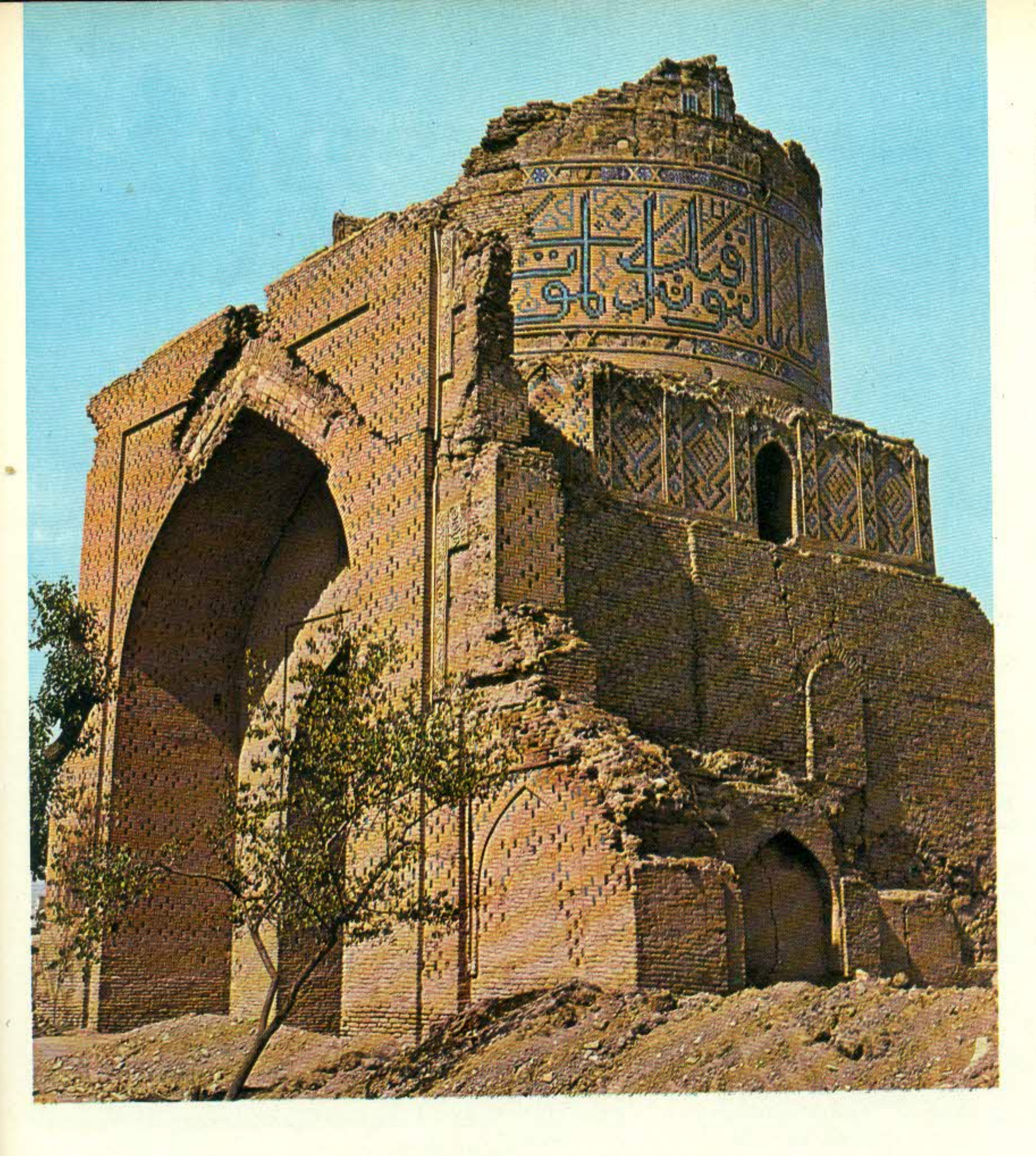
Damasco había sido tomada tras largo sitio y entrando por una brecha. Como detalle curioso sabemos que la capitulación se firmó en una iglesia. Naturalmente, también en Damasco los conquistadores construyeron pronto un lugar para su culto, y aún más tarde se expropió a los cristianos la antigua basílica de San Juan Bautista, a quien también veneran los mahometanos. Esta basílica bizantina, con muy pocos cambios, ha servido de mezquita hasta nuestros días. Observemos, empero, que estos tratados permiten retener o conservar las iglesias, mas no dicen nada sobre construir otras nuevas. Así no es de extrañar que, con el tiempo, los conquistadores se aprovecharan de las deficiencias de los tratados y prohibiesen edificar nuevos templos cristianos.

Pero el proselitismo por terror y las conversiones impuestas por la espada son cosas contrarias al espíritu del Islam: "No os peleéis por cosas divinas, practicad buenas obras y ellas os llevarán a Dios; Él entonces os explicará vuestras dificultades". "No obliguéis a nadie en materias de religión", había dicho Mahoma (sura 2). "Si Dios lo hubiese querido, ya todos los hombres creerían lo mismo." A estas enseñanzas se atuvieron los primeros califas, y si más tarde algunos musulmanes fanáticos impusieron su religión a los pueblos que conquistaron, no se puede hacer responsable de ello al Islam, y mucho menos al profeta. De esto hay que hacer la excepción de los árabes no creyentes; ellos no tenían que cambiar de religión para aceptar el Corán, sino volver a su fe primitiva. El Islam tenía que ser la fe de la Arabia: "No ha de haber en ella otra religión", había dicho Mahoma al morir, y por esto prohibió que los no creyentes fueran con los peregrinos a La Meca, y también por esto los primeros califas expulsaron de la Arabia a todos los que no eran musulmanes.

Los "pueblos de la Escritura", o sean los judíos y los cristianos, fueron tratados con gran benevolencia por los primeros califas. He aquí las llamadas *Doce condiciones* que, según la tradición, impuso Omar a los pueblos sometidos. Seis de las condiciones, sólo seis, son necesarias; las otras seis son deseables. Las seis necesarias son: No hacer escarnio del Corán ni de Mahoma. No casarse con mujeres musulmanas. No tratar de convertir a un musulmán. No herirle ni robarle. No ayudar al enemigo ni a sus espías. Las seis condiciones deseables, que algunos musulmanes creen demasiado duras para poderlas atribuir a un espíritu tan noble como Omar, son: Llevar los no creyentes un vestido especial, por lo menos una marca amarilla en el traje. No construir casas más altas que las de los musulmanes. No tocar las campanas ni leer sus Escrituras en voz alta. No beber vino públicamente. Esconder los puercos de la vista de los creyentes. No montar a caballo, sino en mulos y asnos.

Pese a este benévolo tratamiento, se comprende que las poblaciones judías y cristianas se sentirían molestadas por los árabes, cuya fe primitiva venía a veces sobrecargada con el furor del neófito. Esto explica que muchas poblaciones de Siria se hallen abandonadas y parezcan hoy como colmenas vacías. Lo mismo ocurrió más tarde en África del Norte. Por su parte, los árabes también deseaban estar solos; de aquí la fundación de Al- Basra y Al- Kufa en Mesopotamia, y Al- Fustat en Egipto, ciudades nuevas que empezaron siendo campos militares, pero que llegaron a tener doscientas o trescientas mil almas.

La creación de estos campos fue también idea de Omar; él comprendía la necesidad de mantener guarniciones fuertes en los países conquistados, pero también veía el peli-



Ruinas de la mezquita de Bibi-Janym, en Samarcanda (Uzbekistán). Esta ciudad fue conquistada a China por los árabes en el siglo VII *y llegó a ser una de las ciudades asiáticas más florecientes en el aspecto intelectual.*

gro de introducirlas en las viejas ciudades del mundo antiguo, donde civilizaciones milenarias parecían haberse esforzado sólo en corromper la Humanidad con idolatrías y supersticiones. Se escogían sitios nuevos, sanos, con agua abundante; allí los veteranos de las guerras del Islam recordaban los consejos, parábolas, frases y sentencias de Mahoma y de sus compañeros. En las que hoy llamaríamos colonias militares de Al- Kufa y de Al- Basra se formó, tanto o más que en Medina, la llamada *tradición,* o colecciones de dichos y hechos de los primeros días del Islam, que es una fuente de información suplementaria del Corán tanto para la teología como para la moral y la jurisprudencia.

Las compilaciones de la *tradición* de Al-Kufa y Al- Basra son muy voluminosas y algo contradictorias. Su estilo es singular: todos llevan al principio una filiación o genealogía que establece el origen, derivado de la boca del profeta o de uno de sus compañeros. Por ejemplo: "Oí decir a mi padre, que lo sabía de su abuelo, quien lo había oído de Fulano, que éste oyó decir a Mengano que el Profeta, la última vez que entró en la Kaaba, dijo: –Siento haber entrado aquí, porque desearán imitarme todos los peregrinos y no habrá lugar para tantos...". Y miles y miles de *tradiciones* por este tenor.

En las grandes ciudades militares de Al-Basra, Al- Kufa y Al- Fustat, los veteranos ponían un empeño casi romántico en conservar en toda su pureza su condición de árabes del desierto. Florecía la poesía de temas patriarcales y también la sátira política, que había dado tantos disgustos a Mahoma; pero sobre todo se conservaban las costumbres militares y la disciplina. Un día la guarnición de Al- Fustat, en Egipto, invitó a las poblaciones vecinas a visitar el campamento. Delante de los griegos y egipcios, consumidos por la molicie, los árabes comieron su asado frugal de camello, hechas las porciones de carne según la costumbre del desierto, que manda sacrificar un

CALIFAS OMEYAS (661-750)

ABD SAMS
↓
UMAYYA
- HARB
  - ABU SUFYAN
    - 1) MUAWIYA I (661-680)
      - 2) YAZID I (680-683)
        - 3) MUAWIYA II (683)
- ABU-L- AS
  - AL- HAKAM
    - 4) MARWAN I (684-685)
      - MUHAMMAD
        - 14) MARWAN II (744-750)
      - 5) ABD AL- MALIK (685-705)
        - 6) AL- WALID I (705-715)
          - 12) YAZID III (744)
          - 11) IBRAHIM (744)
        - 7) SULAYMAN (715-717)
        - 9) YAZID II (720-724)
          - 13) AL- WALID II (743-744)
        - 10) HISHAM (724-743)
          - MUAWIYA
            - OMEYAS DE CORDOBA
      - ABD AL- AZIZ
        - 8) OMAR II (717-720)
  - AFFAN
    - OTMAN (644-650)

Califa omeya, con sus fechas de reinado.

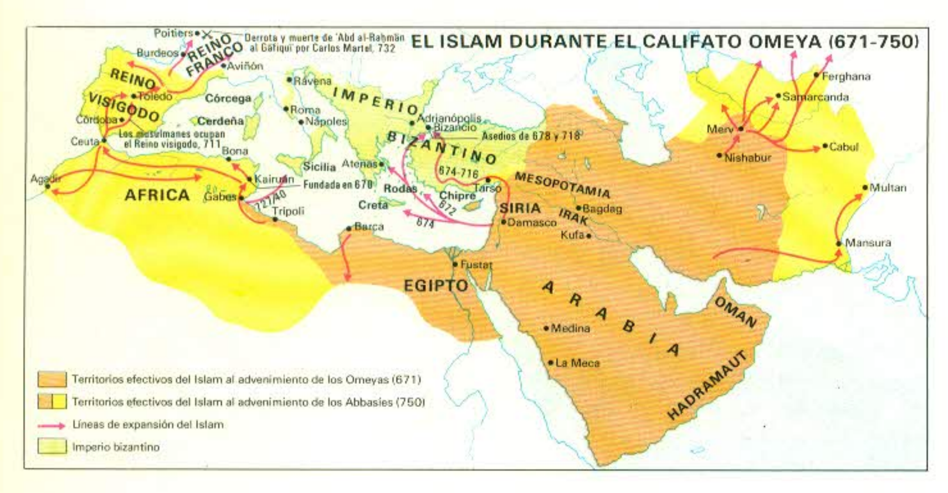
Tercer califa ortodoxo.

camello para cada noventa personas. Al día siguiente los invitados vieron cómo los árabes hacían asimismo buena acogida a un banquete de platos refinados. Por fin, la lección terminó con una parada y ejercicio militar que dejó estupefactos a los griegos y egipcios. Cuando contaron al califa, en Medina, esta estratagema de sus guerreros de Egipto, la aprobó diciendo: "La suerte de la guerra depende tanto de la decisión y del arte como de la fuerza".

A Omar se debe también la organización elemental, pero efectiva, de los recursos del Islam. Como éste, según Mahoma, era una fraternidad, los musulmanes no pagaban tributos; no debían dar más que un diezmo para las obras de caridad, a las que proveía el estado. El gobierno o el califa, desde Medina, repartía este diezmo, o *zakat* (azaque), para beneficiencia. El *zakat* se paga aún: es una de las cinco prácticas rituales que debe hacer todo musulmán, pero el tanto por ciento ha variado mucho según las sectas y las épocas.

Los pueblos puestos bajo la protección del Islam, esto es, las poblaciones de los países conquistados, debían pagar dos clases de tributos: uno, según los ingresos, y otro, personal, por cada hombre hábil. El primer tributo era sobre la tierra de cultivo, y el segundo, un encabezamiento igual por persona, del que sólo estaban excluidos mujeres, viejos y niños. Los juristas mahometanos consideraban este tributo como un rescate de guerra; por esto todos pagaban igual, porque la vida era la misma para todos; pero las personas inútiles para la guerra no debían pagar tampoco este tributo, porque según las prácticas del Islam no habrían caído prisioneros. Era el mismo concepto romano de la esclavitud.

Además, el Islam cultivaba como una explotación del estado los grandes predios comunales de los antiguos imperios conquistados, y en la Mesopotamia se habían roturado grandes extensiones de los inmen-



sos parques de caza de los magnates persas. Los ingresos de estas empresas agrícolas iban directamente a Medina y servían para pagar a los veteranos. Esta simple organización casi comunista se hizo cada vez más difícil por dos razones. La primera, porque el Islam no disponía de técnicos para dirigir explotaciones en gran escala: tenía que valerse de griegos, coptos y caldeos, que miraban a veces a los árabes con desprecio. La segunda razón, acaso la más importante, porque el privilegio de los creyentes de no tener que pagar tributos y de vivir casi a costa del estado llevó a muchos recalcitrantes a aceptar el Corán. Conversiones de pueblos en masa no son exclusivas de esta época, pues más tarde se vio como ocurría lo mismo cuando la Reforma y en América. Pero, en este caso, las ventajas –no pagar tributos– eran tan manifiestas, que coptos, caldeos,

Vista de un barrio antiguo de Jerusalén, con la mezquita de Omar en el centro. Esta mezquita del siglo VII fue levantada por Abd al- Malik en el sitio que ocupó el antiguo templo de Jerusalén. En su interior se cree haber descubierto la piedra de los holocaustos del antiguo templo hebreo.



LOS PRIMEROS CALIFAS (II)

Al morir Utmán y querer el cuarto califa volver a los árabes al buen camino y que recobraran el modo de vida habitual en los musulmanes por los días del profeta y de Abu Bakr y Umar, se hicieron los remolones y no se hallaron a gusto.

Veían un califa antiguo que había de regir una generación nueva, a la que quería imponer un gobierno radicalmente opuesto a la vida cómoda y muelle que ella quería llevar. Y, al mismo tiempo, veían otro emir, Moavia, que vivía en Siria y que se había renovado al compás de esa generación nueva, no sólo en sí mismo y en sus relaciones con los súbditos, sino incluso en que animaba a éstos a renovarse también y en que los ayudaba con este objeto económicamente.

No le faltaban para ello cuantos pretextos quiso Dios. Viviendo en un país limítrofe con los bizantinos, se propuso llevar al ánimo de éstos la convicción de que no tenía menos orgullo que ellos, ni era de peor condición ni menos aficionado a las delicias de la vida, y que los suyos eran como él. Además, por tener que combatir con los bizantinos, había de hacerlo con armas como las suyas, y por tener que combatir a su adversario Alí en el Iraq, tenía que burlarlo, hostigarlo, aislarlo y separar a las gentes de su causa. Para este fin todos los medios eran no sólo laudables, sino obligatorios, y no había que vacilar en utilizarlos. Por ello Moavia gastaba dinero, se atraía a las gentes y engañaba a quienes se le resistían.

Todas estas circunstancias reunidas eran suficientes para imbuir en el ánimo de Alí de que era un extranjero dentro de la época en que vivía y en medio de aquella generación de gentes a quienes quería gobernar; para sugerirle que pretendía una empresa irrealizable. Un primo suyo se separaba de él para en La Meca vivir feliz y sin preocupaciones; sus gobernadores, excepto muy pocos, se apropiaban el dinero de que podían apoderarse; los nobles recibían dádivas de Moavia y preparaban en favor de éste el gobierno del Iraq; la plebe prefería la tranquilidad a la guerra y a los daños y sufrimientos que ésta acarrea...

Alí, entre unos y otros, clamaba sin ser oído y mandaba sin ser obedecido, hasta que perdió la brújula, aburrió a sus gentes (que a su vez se aburrían de él) y llegó a pedir a Dios que le diese mejores súbditos y a éstos peor soberano.

Otra diferencia había entre Moavia y Alí que excitaba a las gentes contra este último y la hacía agruparse en torno a su adversario. Y es que Alí gobernaba los asuntos de los suyos delante de todos, sin decidir nada por sí, de no ser ante ellos, pues les consultaba en los asuntos graves e importantes y escuchaba su opinión. Así, sus secuaces se le oponían, se le resistían y le obligaban a poner en práctica sus ideas, mientras él seguía aferrado a la suya; todo lo cual les irritaba en contra suya y les envalentonaba con respecto a él.

Moavia, en cambio, no daba a sus secuaces ni siquiera parte de las atribuciones que otorgaba Alí a los suyos. No les consultaba, porque sus únicos consejeros eran sus más íntimos privados. Si mandaba algo, los sirios le obedecían sin rechistar y, por tanto, no hay que decir que sin discusión. Además, Moavia guardaba todos sus secretos y no los revelaba sino a aquel de sus privados que le parecía, mientras que todos los negocios de Alí se ventilaban y decidían en pública asamblea, sin que ocultase a los suyos cosa alguna, cualquiera que fuese su importancia.

Alí regía un califato, y Moavia gobernaba un "imperio". Pero la época del califato estaba conclusa y el imperio comenzaba a apuntar.

J. V.

sirios, persas y beréberes se convirtieron sin vacilar. Por esta causa pronto hubo más creyentes que infieles en tierras del Islam y fue preciso procurarse, con tributos de los creyentes, la contribución que antes sólo pagaban los infieles. Pero, en fin, la organización que dio Omar a la parte administrativa del estado hubo de dejar rastro para siempre.

También se debe a Omar la compilación del Corán, que hasta entonces se recitaba de memoria. Omar encargó a un escriba, que había sido amigo de Mahoma, llamado Zeid ibn Thabit, una redacción escrita, que es poco más o menos (fue revisada después, en tiempo de Otmán) la que todavía tenemos. Zeid encontró buen número de capítulos cuya redacción había sido ya definitivamente establecida, pues eran recitados sin variación desde los tiempos de Mahoma. Pero había otros *suras*, o revelaciones, menos populares, que se conservaban escritos en hojas de palma, en pedazos de cuero, en piedras, en hue-





Anverso y reverso de una moneda de oro del califa omeya Abd al- Malik, que gobernó de 685 a 705 (Biblioteca Nacional, París).

sos de camello o "en el corazón de los creyentes". Zeid, con gran respeto, lo incluyó todo en un manuscrito que se confió al cuidado de Hafsa, la hija de Omar que estuvo casada con Mahoma. La formalidad de Zeid se revela en el hecho de no querer ordenar los suras del Corán cronológicamente; puso los más largos al principio y los más cortos al final, pero conservó el precioso detalle del lugar donde habían sido inspirados, o "descendidos", a Mahoma; cada sura lleva el epígrafe de "revelado en La Meca" o "revelado en Medina".

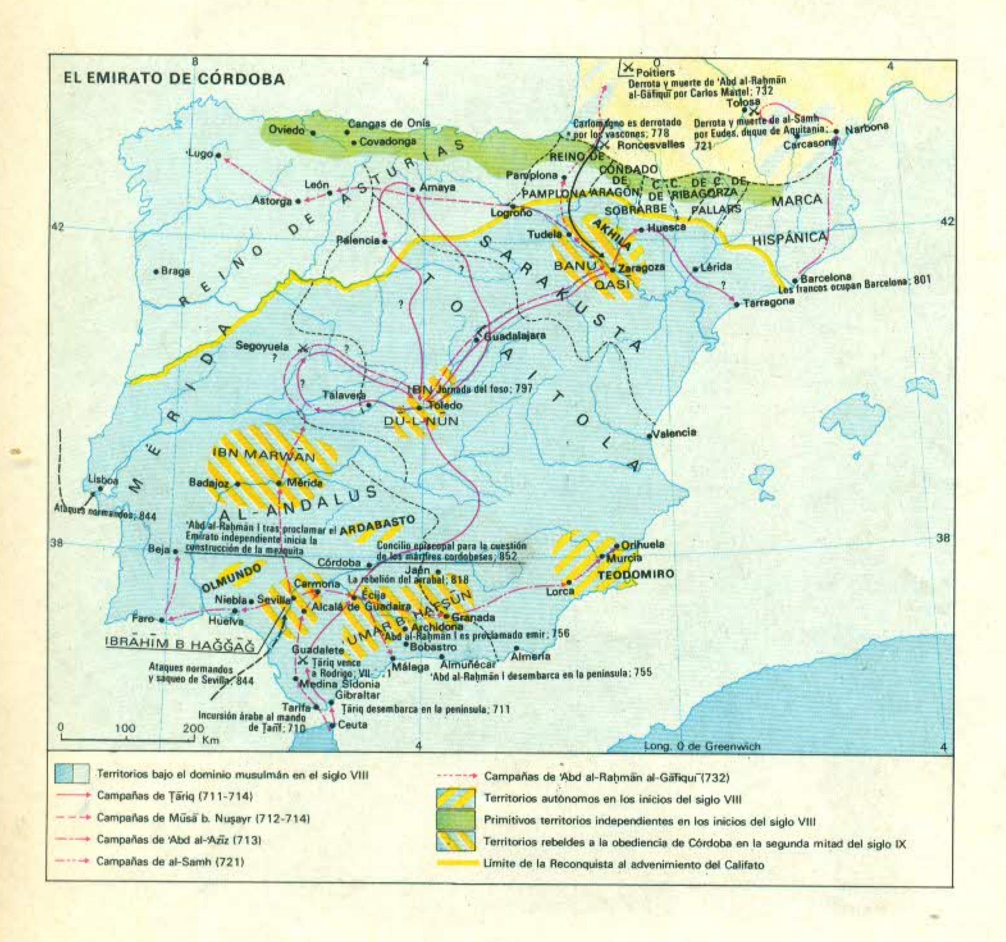
El califato de Omar duró diez años; el 23 de la hégira fue asesinado por un esclavo persa, descontento porque le habían traído a Medina. Herido de muerte, su agonía se prolongó varios días, durante los cuales pudo tratar con sus compañeros del asunto de su sucesión. Por fin, confió el encargo de escoger el nuevo califa a Alí, Talha, Abderramán, Otmán, Al- Zubayr y Sad. Una vez enterrado Omar al lado de Abu Bakr y de Mahoma, los compromisarios acordaron aceptar al que propusiese Abderramán; éste proclamó a Otmán, postergando a Alí, el otro candidato.

Otmán era más viejo que Alí, pertenecía a la familia de los llamados omeyas, por-



Junto a la mezquita de Omar hay unos restos de arquitectura islámica, conocidos como Qoubbet es Silsile, con este airoso minarete que domina la gran cúpula dorada.

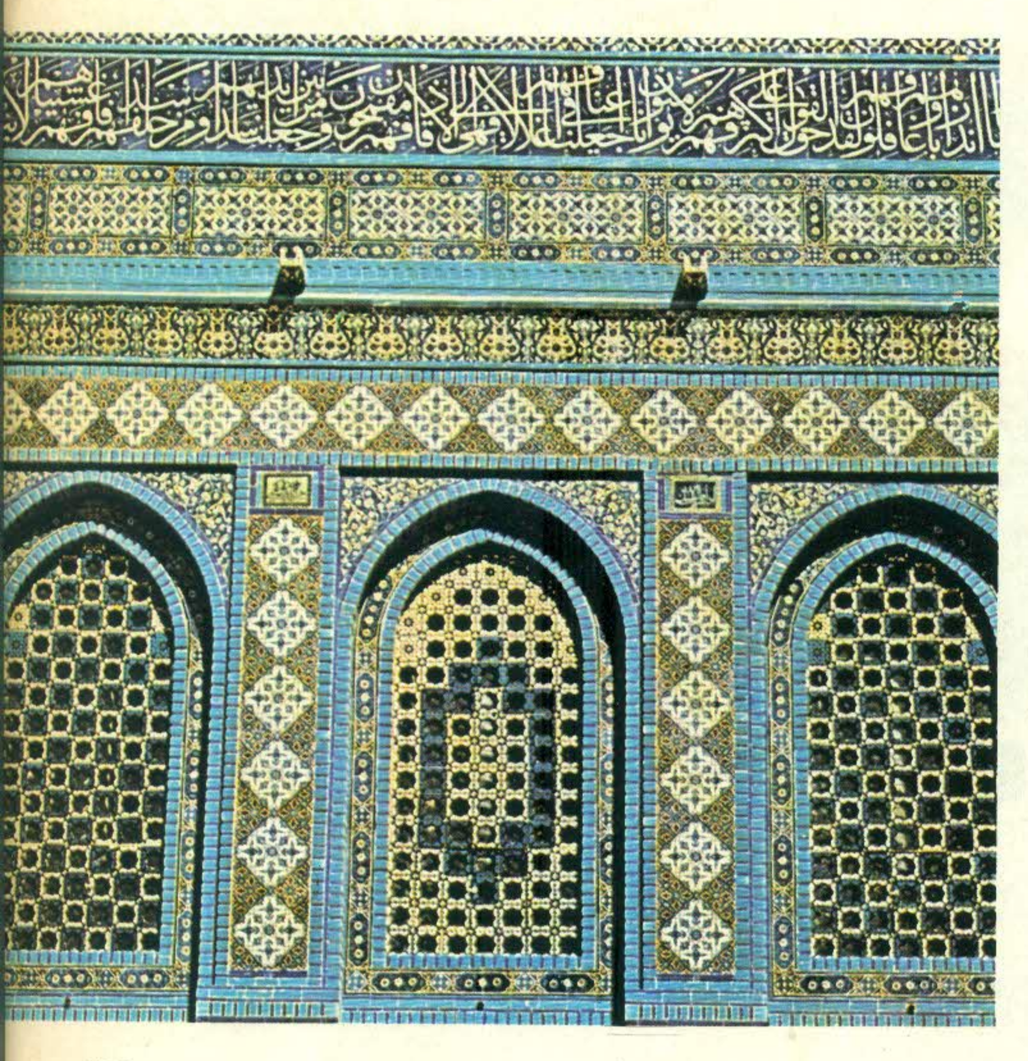
La mezquita de la Roca, o de Omar, en la explanada del templo de Jerusalén.



que descendían de un tal Omeya. Los omeyas habían sido los peores enemigos de Mahoma entre los mercaderes de La Meca, con la sola excepción de este Otmán, que se había convertido poco después que Abu Bakr. Otmán era, pues, más antiguo creyente que Omar y había demostrado la sinceridad de su fe contra los de su familia peleando desde los primeros días al lado del profeta. Pero no podían compararse sus derechos a los de Alí, el primer converso, hijo adoptivo de Mahoma y, además, casado con su hija Fátima. Todavía quedaba la duda de si Otmán, cuando fuera califa, no querría proteger a sus parientes, que sólo se convirtieron después de la toma de La Meca. Y esto fue lo que pasó. Un sobrino de Otmán, llamado Maruán, actuando de consejero, hizo tan impopular al califa, protegiendo a los omeyas, que los veteranos de las colonias militares enviaron varias comisiones a Medina para pedir a Otmán un cambio de política. Lo que ocurrió entonces en Medina denota la simplicidad de costumbres de los primeros califas. Otmán no tenía guardia personal ni había en Medina una guarnición que pudiera hacer oficios de policía para imponer orden a los sediciosos.

Las discusiones entre el califa, completamente indefenso en Medina, y las diputaciones de los veteranos, cada vez más envalentonados, acabaron con el asesinato de Otmán en su propia casa. Se le había tenido allí sitiado varias semanas, pidiéndole que abdicara. Otmán no quiso hacerlo, alegando la santidad de su cargo. Nadie le defendió. Por fin los revoltosos apuñalaron un día al viejo califa mientras estaba leyendo el Corán. Otmán murió, si no como un héroe, por lo menos convencido de que era el sucesor legítimo del profeta y el elegido por Dios como jefe de los creyentes, y que ni él podía abdicar ni nadie podía destituirle. Su califato había durado doce años. Tenía ya ochenta y dos cuando fue asesinado, pero la dignidad con que supo morir y el respeto que demostró en sus funciones de califa en sus últimos días prueban que había sido justa su elección.

Por fin llegaba la hora para Alí; parecía que sólo él, con el prestigio que le daba su parentesco con el profeta, podía dominar la situación. Con todo, aun entonces vaciló; con humildad, que fue su defecto y su virtud capital, hizo protestas de obedecer a



De la rica decoración de la mezquita de Omar da buena idea este trozo de lienzo exterior, hecho de azulejos, que rodea toda la planta alta de la mezquita.



Músicos y portaestandartes de un ejército islámico avanzando en formación para hacer la guerra santa, miniatura del "Maqamat", de Al-Hariri (Biblioteca Nacional, París).

cualquiera de los compañeros, en especial a Talha o Al- Zubayr, si éstos hubieran sido elegidos, pero los sediciosos y los ciudadanos de Medina aclamaron a Alí y no tuvo más remedio que aceptar el califato.

En su juventud, Alí había sido un gran guerrero; de natural más bien flojo y contemplativo, en los combates se le despertaba un furor bélico que le llevaba a acabar con su enemigo. Al envejecer había engordado, pero durante su califato volvió a ser capaz de grandes energías. Levantó varios ejércitos para someter a los sediciosos, pero no dejó de enfrentarse con sus adversarios con la magnanimidad que era de esperar del pariente más próximo del profeta.

Alí empezó por trasladarse a Al- Kufa, donde tenía más partidarios. Hay que recordar que había muchos omeyas en Al-Basra y en Al-Fustat, a los que hubo de eliminar con una primera campaña. Pero además, Siria estaba gobernada por un pariente de Otmán, el mismo Moavia que hemos encontrado ya firmando la capitulación de Jerusalén. Moavia no era un ambicioso vulgar, aunque nadie podía olvidar que era hijo de Abu Sufián, el omeya que había sido jefe de los que persiguieron a Mahoma.



Rincón del patio de la mezquita de los omeyas, en Damasco, con el minarete y la ciudad al fondo. Esta mezquita fue construida a comienzos del siglo VIII por el califa omeya Al-Walid.

Abu Sufián peleó contra los creyentes en todas las acciones en que se decidió la suerte del Islam y se asegura que en la batalla de Ohod, una de las mujeres de Abu Sufián, precisamente la madre de Moavia, se ensañó con los cadáveres de los creyentes. Era proverbial entre los musulmanes recordar este acto de la madre de Moavia como ejemplo de ferocidad.

No obstante, después de la toma de La Meca por Mahoma, Abu Sufián aceptó el Corán, y su hijo Moavia, en Medina, fue algunas veces empleado por el profeta como amanuense. Moavia hizo su aprendizaje militar al lado de Talid y fue Omar, no Otmán, quien algunos años más tarde le confió un cargo tan importante como el de gobernador de Siria.

Pero Moavia, como buen omeya, se indignó por el asesinato de Otmán y manifestó no quererse convencer de la inocencia de Alí, quien se hallaba en Medina durante los días trágicos de la sedición y no hizo nada para proteger al viejo califa. Pronto el descontento de Moavia tomó caracteres de una abierta rebelión y Alí tuvo que pasar a Siria para combatirle.

Así empezó la primera y más penosa guerra civil del Islam. De un lado estaba Alí, considerado como el califa legítimo por sus títulos y proclamación, y del otro Moavia, el gobernador rebelde de Siria, que se presentaba como vengador del califa asesinado. Alí derivaba sus fuerzas de Medina y de toda la Arabia, y además tenía a su lado las guarniciones de Al-Kufa y Al-Basra, con multi-

tud de árabes beduinos. Moavia disponía no sólo de los ejércitos de Siria, sino también de todos los partidarios de los omeyas, y contaba con la solidaridad del gobernador de Egipto.

La batalla decisiva, famosa en los anales del Islam, se dio en el vado del Éufrates, en Siffin. Tras unas negociaciones que duraron dos meses, mientras los ejércitos estaban acampados uno enfrente del otro, viendo Moavia que no había posibilidad de llegar a un acuerdo, pensó que "las espadas decidirían". La batalla duró tres días, desde el 29 al 31 de julio del año 658 (el 36 de la hégira). Los partidarios de Moavia, al tercer día, parecían llevar la peor parte, cuando se les ocurrió una estratagema que paralizó a los partidarios de Alí. Pusieron el Corán, que cada uno llevaba, en la punta de sus lanzas, pidiendo entonces a gritos que fuese el Libro y no las espadas las que decidieran. Ante tal intimidación, sabían que Alí, dado su carácter piadoso, no podría por menos de conceder una tregua y demorar la solución, que pronto hubiera resultado clara con el éxito de la batalla.

Alí y Moavia nombraron un representante cada uno; éstos tenían que decidir, en el término de seis meses, quién sería el califa. En la expectativa, Moavia regresó a Damasco y Alí a Al-Kufa. Ambos habían perdido muchos de sus combatientes, pero además Alí había perdido el prestigio que le daba su título de califa indiscutible. Nadie, en su campo, habría soñado antes de la batalla en que Alí podía ser destituido, y ahora sus derechos estaban a merced de unos compromisarios. Para mayor desgracia, éstos no pudieron hallar una solución dentro de los seis meses. Todo parecía augurar una nueva campaña de Alí contra Moavia cuando ambos fueron heridos casi a la misma hora, un viernes, al llegar a la mezquita de Damasco y de Al-Kufa, respectivamente. La herida de Moavia, aunque envenenada, no fue mortal, pero Alí murió pocos días después. Interrogados los asesinos, dijeron que se habían juramentado, en el recinto de la Kaaba, para asesinar a ambos, Alí y Moavia, como la mejor solución para mantener unido el Islam. El asesino de Alí añadió el pintoresco detalle de que le había costado mil pesos el veneno de que había impregnado el puñal. Más aún, al enterarse de que Moavia no



Un aspecto del patio de la mezquita de Kairuán, Túnez. Esta construcción del siglo IX fue levantada sobre la primitiva mezquita del siglo VII.

había muerto, ofreció que si le dejaban en libertad se comprometía a ir a Damasco para matar a Moavia, jurando que después volvería a Al-Kufa para ser ajusticiado por la muerte de Alí.

Los que premeditaron los asesinatos de Alí y de Moavia formaban parte del grupo de los llamados *jarichíes,* o intransigentes. Para el sentir de los *jarichíes,* el Islam tiene que ser una fraternidad gobernada por Dios, esto es, una cofradía religiosa, manejada a lo sumo por un grupo elegido por los creyentes, de ninguna manera un gobierno monárquico presidido por un déspota. Pero al poco tiempo Moavia se proclamó a sí mismo califa e hizo reconocer a su hijo como sucesor. De este modo quedaba iniciada la dinastía de los califas omeyas de Damasco, la cual duró desde el año 41 hasta el 127 de la hégira (662 a 749 de Jesucristo).

La incertidumbre de la sucesión creó en el Islam una serie de partidos, que son hoy verdaderas sectas religiosas. Ya hemos citado el de los *jarichíes;* también es evidente que el de los partidarios de Alí tenía que originar otra escisión; al fin y al cabo, Alí había muerto como un mártir y sus hijos eran nietos de Mahoma. Uno de ellos, Al-Hassán, fue elegido en seguida califa en Al-Kufa, como si tuviera que suceder a su padre y continuar la lucha con los omeyas; pero de natural místico, abdicó en favor de Moavia y se retiró a Medina, donde murió envenenado por una esclava. Dejó muchos hijos, los cuales forman la aristocracia del Islam; se distinguen entre los mahometanos por llevar turbante verde.

Veinte años más tarde, habiendo muerto ya Moavia, otro hijo de Alí viose tentado a dejar su retiro de Medina y presentarse en

Un matrimonio en presencia de un jefe religioso que está acompañado de un servidor, miniatura del "Maqamat", de Al- Hariri (Biblioteca Nacional, París).





Interior de la mezquita de los omeyas en Damasco. Quedan en ella muchos detalles de la basílica bizantina de San Juan Bautista, sobre cuyas ruinas se levantó la mezquita.

Al-Kufa con el fin de reclamar el califato. Al llegar a Al-Kufa, después de tres semanas de fatigosa marcha por el desierto, encontróse con que la guarnición no estaba muy dispuesta a recibirle. Al-Husseín solo, con un grupo de setenta personas de su familia, mujeres, niños y criados, se encontró en Kerbela con el ejército que el hijo de Moavia enviaba precisamente para combatirle. Eran setenta con Al-Husseín, y fueron todos sacrificados ferozmente por los omeyas el 10 de octubre del año 680.

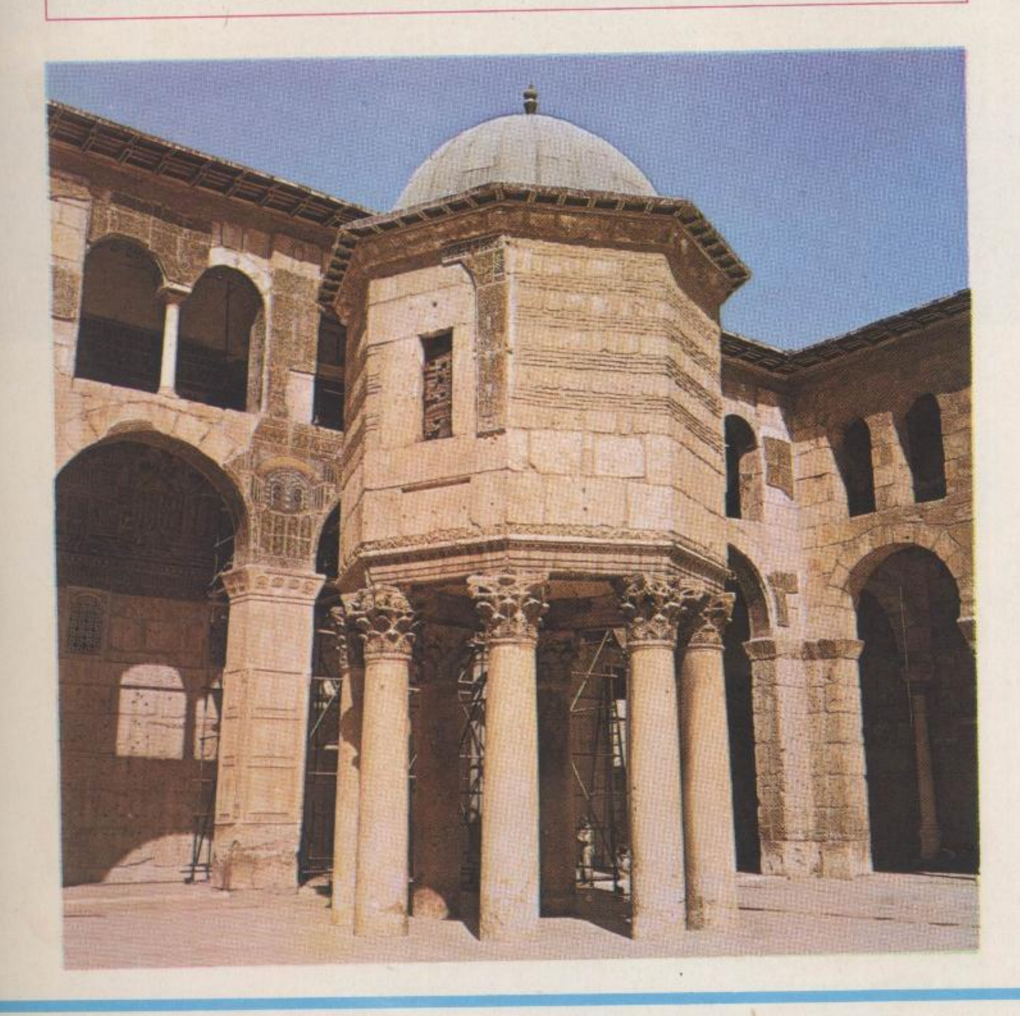
Cada aniversario de aquel día nefasto los mahometanos del mundo entero recuerdan con horror el martirio que sufrió la pequeña banda de Kerbela. En el lugar mismo, cerca del Éufrates, se representa al vivo el exterminio de los parientes de Alí, y se va a Kerbela en peregrinación como se va a La Meca. Viene a ser una especie de drama o pasión que dura por espacio de varios días.

Esta catástrofe de Alí y de los suyos, que entre otras gentes se hubiera convertido en una cuestión de legitimismo, tomó en el Islam un singular matiz religioso. La humildad de Alí, la condescendencia de Al-Hassán, el sacrificio de Al-Husseín, pronto fueron más que santidad..., fueron cualidades divinas que no había poseído el mismo profeta. Alí y sus hijos y descendientes se transformaron en *imanes,* o encarnaciones de la sabiduría divina. Mahoma, el profeta, no había hecho más que hablar como un portavoz, inspirado por Alá, mientras que a su lado el *imán,* o sea Alí, callaba, presenciando sin decir nada la revelación de algo que era él mismo.

Esta fantástica teoría del *imanado* divide todavía hoy al Islam en dos grandes ramas. La primera es la de los *sunnitas,* que aceptan a Alí como un santo, hijo adoptivo de Mahoma y nada más. La otra rama, que comprende toda la Persia y gran parte de los musulmanes del Asia y de Egipto, es la de los llamados *chiitas,* que quiere decir "separados". Los chiitas insisten en que Alí fue más que el hijo adoptivo de Mahoma; fue un imán escondido e ignorado, que no se reveló como tal hasta su muerte. Otro imán, naturalmente, es Al-Husseín, el mártir de Kerbela; más tarde, otro imán, viéndose perseguido, se escondió en una gruta entre Medina y Bagdad, de la que se espera que salga todavía. ¡Quién hubiera podido esperar tales extravíos de la fe racionalista de Mahoma y sus compañeros!

BIBLIOGRAFIA

Brockelmann, C.	*Geschichte des islamischen Völker und Staaten,* Munich, 1943.
Butler, A. J.	*The Arab conquest of Egypt and the last thirty years of the Roman dominion,* Oxford, 1902.
Caetani, L.	*Annali dell'Islam,* Milán, 1905-1926.
Goeje, M. J. de	*Mémoire sur la conquête de la Syrie,* Leiden, 1900.
Hitti, P. K.	*Historia de los árabes,* Madrid, 1950.
Lewis, B.	*Los árabes en la historia,* Madrid, 1956.
Pareja, F. M.	*Islamología,* Madrid, 1952-1954.
Tritton, A. S.	*The caliphs and their non Muslim subjects. A critical study of the covenant of Umar,* Oxford, 1930.
Zambaur, E. de	*Manuel de Généalogie et de Chronologie pour l'histoire de l'Islam,* Hannover, 1955.



Edículo levantado en el patio de la mezquita de Damasco sobre unas columnas corintias, que servía para contener los tesoros y libros propiedad de la mezquita.